

maco fijó los ojos en Agustín (384). Fué recibido benévolamente por San Ambrosio. Las predicaciones del santo obispo, á quien oyó por curiosidad primeramente, despertaron sus dudas filosóficas, y le hicieron sentir la necesidad de aplacar su alma en el seno de la verdad, que estaba ya convencido de no poder encontrar más que en la autoridad y en la fé. De esta suerte las seducciones de lo bello le pusieron en camino de lo verdadero. Avarienta su alma de este bien precioso y del amor ideal, no podía hartarse en los goces terrenales. Inspirábasele disgusto el servilismo universal y la miserable tarea á que se habían humillado las letras, al paso que comprendía el placer de proseguir especulaciones sublimes y de reinar sobre los ánimos. Cuando perecen la patria, la libertad y las inclinaciones que elevan la mente del hombre hácia lo bello, se sumergen los espíritus vulgares en la materia; no hallando las almas escogidas pasto digno de ellas aquí abajo, aspiraban á otro orden de cosas más grande á sus ojos cuanto más abatido se halla el mundo real. Habiendo vuelto pues Agustín á estudiar las cosas fuera de los sentidos, adquiría de día en día ideas más racionales sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del mal, y como los platónicos decían que el mal era una simple negación, su doctrina le pareció concordar con la del cristianismo.

Estas disposiciones fueron fomentadas en su corazón por el retiro y el estudio. Dedicóse á refutar á los académicos caídos en el escepticismo, y compuso muchos diálogos, que interrumpía para declamar la mitad de un libro de Virgilio.

Cuando titubeaba todavía, un pasaje de San Pablo en que fijó sus ojos casualmente, y en que el apóstol condena el libertinaje, pareció indicarle que la rectitud de la voluntad era el primer paso para encaminarse á la verdad. Hízose bautizar por San Ambrosio, y á fin de servir mejor á Dios, tomó la vuelta de Africa cerca de un hijo natural que tenía y de Mónica, que murió al poco tiempo, modelo de la madre cristiana.

Agustín mostró empeño tanto en Africa como en Roma por combatir á los sectarios, en cuyos errores había también incurrido, y opuso en sus dos libros. *De las costumbres de los ca-*

*tólicos y de los maniqueos*, la bondad real en los unos á lo que sólo era apariencia en los otros; demostrando que los *tres sellos* de la boca, de la mano y del pecho, de que hablan los herejes, comprendían, lo mismo que sus abstinencias, muchas prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y luego obispo de Hipona, su elocuencia viva, aunque incorrecta, seducía la imaginación de los africanos, quienes abandonaban sus ritos supersticiosos para prestar oído á sus predicaciones. Discutía con sus adversarios en medio de un inmenso gentío, haciendo tomar nota de las objeciones y de las respuestas. Independientemente de la palabra, se sirvió contra los donatistas de los edictos imperiales, sin consentir, no obstante, en que se les impusiera la pena de muerte en ningún caso. Tampoco se hallaba completamente extirpada la idolatría, puesto que fueron asesinados sesenta cristianos en Sufeta por haber derribado una estatua de Hércules; pero Agustín moderaba el celo de los fieles que querían destruir los templos, los ídolos, los bosques sagrados, y se apresuraba á responder á las preguntas que le dirigían los principales paganos.

Desde las alturas más sublimes de la metafísica descendía á la educación de los niños; procuraba suavizar la condición de los esclavos, vendiendo hasta los vasos del templo para rescatarlos. Al mantener una correspondencia seguida con las diversas sociedades cristianas del Africa, exhortaba en todas partes á la caridad y á la armonía.

Empleaba gran parte de su tiempo en arbitramentos, y decía que le gustaba más pronunciar entre los extraños que entre personas de su conocimiento; atendido que en el primer caso tenía probabilidades de adquirir un amigo, al paso que en el segundo rara vez podía acontecer que no lo perdiera. Rehusaba mezclarse en matrimonios, pedir empleos para otros y aceptar convites para comidas. Modesto en su vestido, en su morada, en su alimento, no se servía más que de vasija de barro ó de madera; y dos versos inscritos sobre la mesa prohibían hablar mal de los ausentes. Comían con él á la misma mesa los individuos de su clero, alimentados y sostenidos á comunes gastos, según la regla que había establecido. Hizo una fundación para distribuir anualmente vestidos á

los pobres, y abrió un hospicio para los viajeros, donde eran acogidos sin distinción ninguna, diciendo que valía más admitir á un hombre malo que despedir por exceso de precaución á un hombre bueno.

En conformidad á su regla se multiplicaron los conventos en Africa de una manera prodigiosa; pero quería que los monjes fueran activos, querellándose de verlos andar de provincia en provincia, vestidos con una túnica grosera, no deteniéndose en ningún punto y cambiando de morada á cada instante; llevando algunos reliquias verdaderas ó falsas; otros, creyéndose autorizados por su vestidura y por su profesión piadosa para demandar y aún casi para exigir donativos, que subvienen de este modo á una pobreza que les hace ricos, ó que recampensan una virtud en que entra por mucho la hipocresía.

Nos ha parecido conveniente detenernos algún tanto al hablar de estos hombres célebres, puesto que darlos á conocer era en nuestro sentir el mejor medio de presentar de relieve las condiciones de la sociedad nueva y de la sociedad moribunda, dando una idea de la lucha que tenían necesidad de sostener contra sí mismos y contra el mundo aquellos que de ningún modo querían doblegarse á la abyección común. Ahora bien, nuestro objeto principal es el conocimiento del hombre, aquellos á cuya admiración vulgar brinda mayor estímulo la fuerza irregular que la energía regular y persistente, los que anhelan guerras y elogios para los conquistadores, tómense la molestia de buscar otros libros.

## CAPÍTULO VII

División del imperio.—Honorio.

La separación definitiva de los dos imperios de Oriente y de Occidente empieza en Teodosio, quien por su testamento distribuyó sus estados entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. Al primero Constantinopla con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia y la Macedonia; al otro Milan con la Italia, el Africa, la Galia, España, Bretaña, la Nórlica, la Pannonia y la Dalmacia, tocando á cada uno la mitad de Iliria. Pero Arcadio apenas había cumplido diez y ocho años y Honorio once, y

ambos carecían de las cualidades requeridas en tiempo de paz, y con doble razón de las que hubieran sido necesarias en medio de tempestad tan deshecha. Es verdad que su padre les había designado por tutores personas de habilidad suma, como Rufino á Arcadio y Estilicon á Honorio; pero la rivalidad perpetuó las divisiones, no sólo de ambición, sino también de intereses entre los dos imperios.

Rufino, natural de Eausa, en Gascuña, había ido á Constantinopla para satisfacer su ambición y su codicia, profesando el derecho. Su facilidad de locución le había hecho ascender hasta el puesto de jefe de las dependencias ó ministro de Estado, y le sirvió de esta suerte para ganarse el valimiento de Teodosio. La sagacidad con que supo conservar á la vez la amistad de San Ambrosio y de Simmaco puede suministrar una idea de su talento y en las artes del disimulo. Aunque realmente se inclinaba de continuo á los medios más crueles y era partidario acérrimo de los odios, de los escándalos, engañado Teodosio por su piedad fingida, le dejó prefecto en Oriente con un poder discrecional, cuando él partió para Occidente. Este indigno favorito comenzó entonces á abusar de su autoridad; cuando se halló investido posteriormente con la tutela de Arcadio, hollando con su planta la opinión y el buen derecho, no pensó más que en enriquecerse con los despojos del mundo, vendiendo protección, empleos y justicia. Merced á los tesoros que acumulaba constantemente, se proponía casar á su hija con su imperial pupilo y perpetuarse en el poder por este camino.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, le había comprado á peso de oro el cargo de conde de Oriente; mas no habiendo querido prestarse á una iniquidad de Rufino, fué citado por él á juicio, condenándole con pruebas ó sin ellas á una muerte ignominiosa. De sus resultas murmuró el pueblo, y á fin de apaciguarlo Rufino ornó á Antioquia con un pórtico, el más magnífico de Siria. En el momento en que saboreaba el infernal placer de la venganza, dirigidos los eunucos del palacio por el camarero Eutropio, propusieron por esposa á Arcadio una joven llamada Eudoxia, hija de Bauto, general de los francos, que estaba al servicio de Roma. Nada trascendió fuera de aquel

augusto recinto, y Rufino, lleno de confianza, vió los preparativos de la nupcial fiesta, presenció la salida del cortejo de palacio en la firme persuasión de que se trataba de su hija; pero cuando imaginaba que aquella brillante muchedumbre iba á encaminarse hácia su morada, contempló, poseído de inexplicable estupor, cómo se detenía delante de la de Bauton, de donde sacaban á Eudoxia engalanada con los ornamentos imperiales para conducirla al tálamo de Arcadio (27 de Abril de 395).

Desconfiando la nueva emperatriz del ministro, á quien aborrecía, puso cuanto estuvo de su parte, de acuerdo con el camarlengo, para perderle en la mente del emperador, hasta el punto de acusarle, sin que tal vez fuera inexacto el cargo, de haber aconsejado á los bárbaros que invadieran el imperio.

Efectivamente, los hunos se adelantaron hasta Antioquía, llevándolo todo á sangre y fuego. Quejándose Alarico, godo al servicio del imperio, de no haber sido galardonado como merecía, hizo empuñar las armas á una multitud de sus compatriotas y devastó el territorio. Rufino, que fué enviado para entrar en tratos con el godo, fué acogido con grandes señales de respeto, circunstancia que aumentó más todavía las sospechas. Pero Estilicon iba á combatir en contra de ellos con las armas en la mano.

Este tutor de Honorio era un vándalo, á quien su valor había hecho ascender hasta el grado de gran maestro de la caballería y de la infantería. Había acompañado á Teodosio á todas sus guerras, yendo á Persia con el título de embajador suyo, y casándose con su sobrina Serena, de la cual tuvo tres hijos: Eucherio, María y Termancia. En el curso de los veintitres años que estuvo á la cabeza del ejército no se le vió vender los grados militares, ni defraudar el sueldo á los soldados, con los cuales era afable hasta lo sumo, ni elevar á los que no eran merecedores de ellos, sin exceptuar á su propio hijo. No obstante, se mostraba avariento de placeres y de riquezas, y no satisfacía su ambición con verse agasajado por los aduladores mucho más que el mismo Honorio, y continuamente celebrado por Claudiano, el mejor poeta de aquel tiempo. Es empresa ardua distinguir la verdad á través de las lisonjas de

este escritor insigne y de las calumnias de la historia; sin embargo, fué incontestable su denuesto, así como el uso que de él hizo en ventaja de su imperio, que constituido militarmente, debía sacar de la fuerza su último recurso.

A la muerte de Teodosio había aspirado Estilicon á la tutela de los dos emperadores, y á fin de mostrarse digno de ello había hecho sentir á los bárbaros su bravura. Cuando hubo que repartir las legiones, de la misma manera que las joyas, entre los dos hermanos, propuso Estilicon guiarlas en persona á Oriente tanto para refrenar la licencia de los soldados, como para poner término á la rebelión de los godos. Pero teniendo Rufino ménos miedo á aquellas sublevaciones que al crédito que podía valer un servicio señalado á un grande hombre, infundió temores á Arcadio, induciéndole á que prohibiera expresamente á Estilicon adelantar un paso, sino quería ser considerado como rebelde.

Sin titubear Estilicon un sólo punto retrocedió camino, entregando al godo Gainas el mando de las legiones y confiándole el cuidado de la venganza.

Este fingió patrocinar la ambición de Rufino, que decidido desde entonces á cruzar á viva fuerza el paso que había ido proporcionándose á costa de larga astucia, prodigaba á manos llenas oro á los soldados, con la esperanza de conseguir el imperio. En esto, habiendo salido el emperador en su compañía de Constantinopla para ir al encuentro de Gainas á distancia de una milla extramuros, asesinaron las legiones al pérfido ministro á los pies de Arcadio; su cuerpo fué víctima de todos los ultrajes á que puede lanzarse una soldadesca desenfrenada, y llevando algunos de sus asesinados por las calles de la ciudad su cabeza y su mano, hacían ademán de pedir con ésta limosna para hartar, según decían, á aquel hombre insaciable.

No volvieron á aquellos á quienes pertenecían los despojos que había amontonado, sino que redundaron en provecho del fisco; y Eutropio le sucedió en la privanza de Arcadio. Este armenio, de baja extracción, reducido á la condición de eunuco, por la mucha estimación en que se tenían entonces los esclavos de

esta especie, fué vendido y revendido muchas veces; después el palafrenero Ptolomeo, á cuyos inmundos placeres había servido en sus mocedades, se le regaló siendo ya de edad madura á su general Arinteo, quien se le cedió á su hija para que la peinara, la condujera al baño, la abanicara y la prestara servicios de esta clase. Habiéndole hecho incapaz una vez temprana hasta de desempeñar esta tarea, le concedió la libertad su ama. Sus buenos modales, á que juntaba la astucia y la hipocresía, le sirvieron á la sazón para insinuarse en la corte, donde desde los más infimos destinos se había elevado al de primer camarlengo, y luego al puesto que Rufino había disfrutado y perdido. Hasta heredó sus vicios; porque poseído de igual avaricia, mantenía un ejército de delatores, á fin de proporcionarse los medios de acusar á las personas opulentas y de engañar á Arcadio, quien le honraba con una ciega confianza. Celoso de dominar exclusivamente procedía con saña respecto de todo el que podía hacerle sombra. Abandancio, general de caballería é infantería, fué condenado á destierro con el único objeto de confiscar sus bienes. Timasio, general experimentado, fué acusado de traición y desterrado en su consecuencia á los oasis de la Libia. Bargo, que le había denunciado, fué muerto en recompensa de sus servicios. Eutropio, se ganó la voluntad de Gaina, nombrándole general de Oriente para poderle oponer á Estilicon si la necesidad lo requiriera; tendió á éste sordamente lazos en un principio á fin de arrebatárle ora el favor del soberano, ora el del pueblo, y hasta la vida. Por último, un decreto del dócil Senado de Constantinopla (397), declaró al ilustre general enemigo público y confiscó sus bienes.

Sin quejarse Estilicon retrocedió y se acercó á la Grecia. Habiendo desembarcado en el Peloponeso acorraló á los godos en un valle de la Arcadia; sólo dependía de su voluntad exterminarlos; pero mientras descansaba en medio de los banquetes y de las mujeres, les dejó escaparse por el Istmo y devastar la Epira. Tales, á lo ménos, la relación de algunos historiadores.

Al revés su panegirista dice que Eutropio, para arrebatárle el triunfo, indujo á Arcadio á hacer la paz con Alarico y á tomar el

bárbaro á sueldo para mandar á las tropas de la Iliria.

Temiendo luego que Estilicon sostuviera sus pretensiones con las armas, Eutropio excitó á Gildon, comandante de las fuerzas romanas en Africa, á rebelarse contra Honorio, declarándose en favor de Arcadio. Gildon había tenido por padre al moro Nabal, cuya familia se había hecho propietaria en Africa de todo el territorio que se extiende en seiscientas leguas de costas. La riqueza y el poder que proporcionaba á Firmo, uno de los miembros de esta familia, la posesión de toda una comarca, que formaba poco antes cinco provincias de Roma, le arrastraron á la rebeldía, si bien fué vencido por el padre del emperador Teodosio. Gildon, que había favorecido á los romanos contra su hermano, obtuvo en recompensa su inmenso patrimonio confiscado y luego el mando de todas las fuerzas de Africa. Administró como tirano, sin la oposición más mínima, la justicia y las rentas, en el curso de doce años en que el país fué víctima de la avaricia y de la lujuria de los moros, únicos en quienes tenía confianza. Se consolidó bajo los débiles hijos de Teodosio, no mostrando su dependencia respecto de Roma, más que suministrándola comúnmente las provisiones de granos, que aceptaba sin darle muestras de rencor alguno.

Pero no cesando aquella desventurada provincia de alzar quejas contra el nuevo Yugurta, se vió llamado el Senado romano á ejercer teatralmente su autoridad, como en los tiempos en que fallaba sobre las diferencias entre los pueblos y entre los reyes. Ante él presentaron el emperador y Estilicon las acusaciones dirigidas contra Gildon, á fin de que fuera declarado enemigo de la patria. Temían los infelices senadores que el moro redujera al hambre la ciudad, cesando de remitir trigo; pero el cauto tutor los hizo venir en abundancia de la Galia, y pudo con toda seguridad emprender la guerra.

Como, á pesar de todo, no se atrevió á abandonar la Italia en medio de tantos enemigos amenazadores, envió á Africa á Mascezel, hermano y enemigo de Gildon, confiándole el mando de las legiones joviana, augustana, hercúlea, los auxiliares nervianos, otros que llevaban un león en su bandera, y aquéllos que se titulaban los afortunados y los invencibles; nombres

pomposos para disfrazar la debilidad, puesto que apenas ascendía á cinco mil hombres, reclutados con inmensos afanes, el ejército destinado á avasallar un país de doble extensión por lo ménos que la Francia. Sin embargo, todavía era más débil el enemigo; muchas tribus cedieron al primer choque, y el nombre de Honorio fué proclamado en Africa por todas partes; Gildon cayó prisionero, y se dió muerte.

Denunciados y perseguidos para ser entregados al castigo los corifeos de la rebeldía, fueron llevados ante el Senado, impaciente por dar su merecido á los que habían amenazado al pueblo en lo que le tocaba más de cerca, su sustento. Diez años más tarde se continuaban todavía los procedimientos contra los cómplices de Gildon. Acogido Mascezel triunfalmente en la corte de Milan, pereció al poco tiempo cayéndose del caballo al pasar un puente, por orden de Estilicon, segun la tradicion cuenta, aunque de seguro con secreta satisfaccion suya. De este modo tuvo término un poder patrimonial que no se derivaba de la eleccion del príncipe, ni de la eleccion del pueblo, sino únicamente de la riqueza.

Tan luego como Estilicon casó á su hija María con el emperador, excedió su orgullo todos los límites de lo imaginable. Pero Honorio acababa de cumplir entonces catorce años, y á los diez de matrimonio moría su joven esposa tal como había sido entregada á un marido sin vigor y sin pasiones que, dejando á Estilicon todo el gobierno, jamás salió de la infancia en los veintiocho años de su reinado. Tambien acaso su natural inercia y su imbecilidad fué mantenida con particular esmero por su tutor, á cuyos planes servía.

No obstante, si alguna vez había necesitado el imperio de un príncipe activo y belicoso era en esta ocasion ciertamente. Apenas cerró los ojos Teodosio habían pensado los godos en salir de su tranquilidad involuntaria y en empezar nuevamente sus estragos. Alarico, de la familia de los Baltos, la más ilustre entre los godos despues de la de los Amalos, había sido para Teodosio un formidable enemigo; habíase reconciliado con él luego, y recibió el nombramiento de maestre de las milicias. A su muerte, creyéndose malamente recompensado, salió del territorio que le había sido señalado, y donde

permanecía contra su voluntad, para devastar, quizá á instigacion de Rufino, la Tracia, la Pannonia, la Macedonia y la Tesalia. Atravesó las Termópilas, mal defendidas, y penetró en la Grecia, exenta hasta entonces de invasiones por parte de los bárbaros, sin que los generales, tal vez de acuerdo con Rufino, opusieran obstáculo á sus destrozos; fueron reducidos á cenizas templos y ciudades; cesaron los ritos de Ceres Eleusina, y desde el golfo Adriático hasta el Mar Negro cernieron sus alas la muerte ó la servidumbre sobre las cabezas de los desventurados habitantes. Mucho más astuto el bárbaro de lo que se imaginaba, hacia vulgar un oráculo que le presentaba como destinado á destruir á Roma y al imperio. Las esperanzas que había concebido se apoyaban y nutrian en las divisiones que separaban á las dos cortes, y, colocado entre ellas, se encontraba en aptitud de aprovecharse de los desaciertos de ambas. Lo fué y muy grande por parte de Arcadio, quien acabó con esto de enervar el imperio, cederle la provincia donde acababa de sembrar la desolacion y el espanto, y lo que fué peor todavía, los cuatro grandes arsenales de la prefectura ilírica, á saber: Margo, Ratiaria, Naisa y Tesalónica. No desconoció Alarico la importancia de cesion semejante, y en el trascurso de cuatro años los ocupó exclusivamente en suministrarle máquinas de guerra. De esta suerte hallaron los bárbaros, á expensas y con el trabajo de las provincias romanas, en situacion de juntar á su natural bravura un socorro de que habían carecido con mucha frecuencia. Por este medio vió Alarico acrecentarse con su crédito el número de sus parciales, quienes le proclamaron rey de los visogodos, pidiéndole que les arrancara de la servidumbre para guiarles al triunfo.

No de otro modo se encontró establecido un tercer poder entre los dos Estados que se repartían el mundo romano, y calculando el nuevo rey con la sagacidad de un bárbaro hacia qué parte le sería más ventajoso llevar sus armas, se puso á vender sus servicios unas veces al Oriente y otras al Occidente. Entre tanto, las provincias orientales habían sido recorridas en todas direcciones por las hordas devastadoras; Constantinopla aparecía en una situacion demasiado fuerte, y el Asia permanecía inacce-

sible á un ejército de tierra, á la par que la Italia se hallaba todavía intacta, y en aquella opulenta hermosura que hizo constantemente su gloria y su infortunio.

A ella enderezó, pues, sus pasos Alarico (402), trasponiendo los Alpes Julios; invirtió considerable espacio de tiempo en superar los obstáculos que se le oponían para defender el territorio, con especialidad en Aquilea. Sin embargo, cundía á lo lejos el terror en la península hasta tal extremo, que las personas ricas embarcaban ya aceleradamente lo más precioso de que eran poseedoras, para trasportarlo en caso de necesidad al Africa ó á la Sicilia. Aquellos que aún permanecían adictos al paganismo, miraban este suceso infausto como una señal inequívoca de la cólera de los dioses abandonados; y los cristianos como un castigo de los crímenes, con cuya ayuda se había engrandecido Roma, y de los que á la sazón daban por producto su decadencia; unos y otros aumentaban el daño real y efectivo con supersticiosos terrores.

Honorio continuaba sumergido en profundo adormecimiento dentro de su palacio de Milan, donde las adulaciones ni áun le dejaban sospechar siquiera que osara nadie aventurarse contra el sucesor de tantos emperadores, y donde se divertía infantilmente en echar comida á una parva de polluelos; nunca había oido pronunciar el nombre de Alarico. Despertóle la tempestad sin comunicarle denuedo, y vacilante entre opuestos sobresaltos pensó en huir hácia alguna plaza fuerte de la Galia; pero no ignorando Estilicon el desaliento que sucedería inmediatamente á la fuga del monarca, se opuso á ella. Encargóse en persona de reunir un ejército, y como no había soldados en Italia, á pesar de ser el país que se hallaba á la cabeza de un imperio, cuyo territorio abarcaba la Francia, la España, la Inglaterra, la costa de Africa y la mitad de Alemania; llamó á las legiones más distantes, dejando la muralla de Caledonia y las riberas del Rin desguarnecidas ó confiadas solamente á bárbaros. Embarcóse él mismo en el lago de Como (era á la sazón lo más rígido del invierno, y la nieve cubría la tierra), se encaminó á la Retia, apaciguó allí las turbulencias, y llegó á formar un cuerpo numeroso de todos los antiguos enemigos de Roma, quie-

nes consintieron en trasformarse en defensores de ella.

Asediado con vigor Honorio dentro de Asta Pompeya (Asti), estaba á punto de ceder cuando sobrevino Estilicon oportunamente; éste penetró por medio de las filas enemigas hasta la fortaleza, al mismo tiempo que las fuerzas que llegaban de todas partes iban cercando al ejército de los godos. Estilicon se aprovechó del instante en que los bárbaros celebraban la solemnidad de la Pascua para atacar su campamento en Polentia (29 de Marzo de 403). Les causó una completa derrota, y enriqueció á los soldados con sus despojos.

Despues de haber empleado Alarico estérilmente su habilidad y su bizarría en defender sus trincheras, viendo prisioneros á sus hijos, á sus nueras y á su esposa, se retiró con su caballería, y sin pérdida de tiempo, pensó en cruzar el Apenino para ir á sembrar el espanto en Toscana y caer sobre Roma. Pero los caudillos de los godos, teniendo en muy poco la fidelidad á un rey vencido, y no haciendo alarde de una constancia á toda prueba, le amenazaron con abandonarle. Hubo, pues, de prestar oídos á las proposiciones que se le hicieron de evacuar á Italia, á condicion de que su familia le sería devuelta, y recibiría una pension del soberano del imperio. Proponíase en su retiro sorprender á Verona. Pero advertido Estilicon de este proyecto, emboscó en las inmediaciones de la ciudad algunas tropas, y cayendo sobre él de improviso, le hizo sufrir una segunda derrota, de tal manera que pudo darse por venturoso con salir libre, merced á la fuga. Y no obstante, habiendo reunido aqual infatigable guerrero los restos de sus tropas en las montañas, todavía supo hacer frente al enemigo, el cual tuvo la cordura de dejarle salir de Italia, harto convencido de que ya no podía contar con barreras capaces de ponerla á cubierto del ejército de los bárbaros.

Honorio se encaminó entonces á Roma para triunfar de un enemigo á cuyo vencimiento no había contribuido en nada. Aquella ciudad que apenas veía por la tercera vez á un emperador al cabo de cien años, palpité de alborozo á consecuencia de los donativos que distribuyó á las iglesias, del respeto desusado que acreditó para con el Senado, y especialmente de los juegos